

Capítulo 3

“Aquella Puerta Estrecha”

La Peregrinación de Spurgeon hacia su conversión

Raíces

Los biógrafos de Spurgeon debaten sobre el origen de sus ancestros. Unos se inclinan a opinar que la familia que emigró a Inglaterra en un momento dado, provino de Holanda, y afirman que Spurgeon tenía físicamente un aspecto holandés. Otro grupo de biógrafos afirma que la familia de Spurgeon provino originalmente de Noruega. Lewis Drummond, un biógrafo moderno de Spurgeon, opina que probablemente la verdad se encuentra en el centro, es decir, en una combinación de ambas nacionalidades.

Charles Haddon Spurgeon estaba orgulloso de su ascendencia y por muy buenas razones. Algunos miembros de la familia huyeron de Holanda a Inglaterra por la cruel persecución promovida por Fernando Álvarez, Duque de Alba, católico romano, general español, que comandaba una tropa de 20,000 mercenarios y que seguía instrucciones del rey Felipe II de España. Este Duque aplicó todo tipo de torturas imaginables a los protestantes en el año de 1567. El general se deleitaba en acatar las órdenes de perseguir a los protestantes con vigor. Se jactaba de haber enviado a 18,000 personas a la hoguera. El único crimen que habían cometido estas personas era resistirse a las demandas de la iglesia católica romana para que abjuraran de su fe. Estos refugiados se distinguieron como gente muy trabajadora y confiable, que beneficiaron grandemente a la sociedad en la que se insertaron.

En la región en la que nació Spurgeon, East Anglia, también conocida como los “Fens,” hay documentos legales que se remontan al año 1465, que registran la presencia del apellido Spurgeon.

En el siglo diecisiete, ocurrió un importante evento en la familia de Spurgeon. Un cierto Job Spurgeon, un cuáquero de un pueblo llamado Dedham y contemporáneo de John Bunyan, sufrió persecuciones por su fe cristiana. Experimentó acosos y persecuciones y multas por asistir a reuniones de los “inconformes,” o disidentes de aquel tiempo. En otras palabras, no seguía la religión aprobada por las autoridades. En el siglo diecisiete, congregarse con un grupo para adorar a Dios fuera de una iglesia “establecida,” lo convertía a uno en un criminal. Job fue encontrado culpable y tuvo que pagar el precio.

Los registros de la época revelan que seis años más tarde, Job fue arrestado nuevamente por la misma ofensa. Cuando rehusó pagar la multa, el juez le exigió que ofreciera garantías de su buen comportamiento futuro, pues de lo contrario tendría que ir a prisión. Terminó en la prisión de Chelmsford, junto con otros tres compañeros disidentes. Este segundo arresto tuvo lugar en medio de un cruel invierno. Los hombres tuvieron que dormir durante quince semanas sobre el frío piso de piedra de la prisión, cubierto solamente con una alfombra de paja y no tenían ningún fuego que los calentara. Job Spurgeon se puso tan débil y tan enfermo, que ya ni siquiera podía acostarse, sino que permanecía sentado en una silla la mayor parte del tiempo. Charles relataba este evento con mucho orgullo. Casi se gloriaba por el hecho de que uno de sus ancestros hubiera soportado tales duras pruebas por su fe. En una ocasión afirmó: “prefiero ser descendiente de alguien que sufrió por la fe, que llevar en mis venas la sangre de todos los emperadores.”

La conclusión importante en términos de las raíces de Spurgeon es que existía una sólida tradición de Inconformismo o No-conformismo y piedad, transmitida a lo largo de las generaciones. Desde una perspectiva espiritual, Spurgeon poseía una herencia de nobleza. Y eso le agradaba mucho a Charles.

Su nacimiento

El gran predicador nació en una pequeña casa en Kelvedon, Essex. En aquella época, este pueblo contaba con unos 1,500 habitantes. Un hermoso río, el Blackwater, fluye a través de Kelvedon. La fecha de su nacimiento fue el 19 de Junio de 1834, diez días después de que

William Carey murió en la India. La muerte de un gigante cristiano ocurrió casi simultáneamente con el nacimiento de otro, y entonces se encendió una llama espiritual que brilló de manera más visible que el incendio del Parlamento británico que tuvo lugar en ese mismo año. Dios no se queda sin testigos.

James Spurgeon, un pastor congregacionalista y abuelo de Charles, quien jugó un papel muy importante en la educación del niño, lo bautizó siendo un bebé, el día 3 de Agosto de 1834. El certificado de bautismo se encuentra en la Casa Somerset de Londres. Uno de los biógrafos más importantes de Spurgeon afirma que Charles recibió este nombre porque un hermano de su madre se llamaba Charles. Eso es probablemente correcto. El segundo nombre: Haddon, tiene una historia muy interesante. A Charles le agradaba relatar esta historia.

Su abuelo James, antes de convertirse en el pastor de la Capilla Independiente de Stambourne, había pasado algunos años en el mundo de los negocios, administrando una tienda, una miscelánea, en Halstead, lugar de su nacimiento. Uno de los principales productos que vendía en su tienda era un buen queso inglés. James compraba su producto a mayoristas y lo vendía a sus clientes al menudeo. En una ocasión, un amigo suyo, de nombre Haddon, le dijo: “señor Spurgeon, debería ir a las ferias de Derby y Leicester para comprar su producto allí; de esta manera obtendría mayores utilidades. “¡Oh!” -replicó el abuelo- “yo no podría hacerlo, pues no cuento con el dinero suficiente.” “Eso no es ningún problema,” -respondió el generoso Haddon. -“Si usted me hace saber cuándo va a tener lugar la siguiente feria, yo le prestaré el dinero, y usted podría pagarme una vez que haya vendido el queso. Tengo tanta confianza en su integridad cristiana, que me daría mucho gusto poder ayudarle de esta manera.”

Así lo hizo el abuelo. Vendió el queso y obtuvo una muy buena ganancia, y fue a visitar al señor Haddon, el generoso amigo, para pagarle el préstamo incluyendo los intereses. Cuando le preguntó cuánto le debía en concepto de intereses, el señor Haddon respondió: - “¡Oh, señor Spurgeon, esa no es mi manera de hacer negocios! Yo tenía ese dinero sin darle ningún uso, (sin ningún costo de oportunidad, como decimos hoy día), y usted me ha hecho un gran favor al invertirlo adecuadamente. Entonces, en vez de cobrarle intereses, quiero ofrecerle 5% por su esfuerzo en colocar ese dinero por mí; cuando

vengan las siguientes ferias, quiero que compre más quesos en los mismos términos.”

Por esta razón, es muy entendible que el nombre de Haddon se volviera profundamente apreciado por la familia Spurgeon. El abuelo James llamó Haddon a uno de sus hijos, como segundo nombre, en recuerdo de la extrema generosidad de su amigo. Ese tío de Charles era quien dirigía la alabanza en los servicios de adoración de la Capilla de Stambourne. Fue muy natural que cuando John Spurgeon tuvo su primogénito, le pusiera como segundo nombre Haddon. De esta manera su nombre fue Charles *Haddon* Spurgeon. Como una interesante secuela a esta historia, tenemos que William Olney, uno de los diáconos de la Capilla New Park Street, construyó una gran misión en Bermondsey. Llamó al lugar Haddon Hall. Spurgeon comentó a este respecto: “siempre me ha parecido que esta cadena de circunstancias es una fresca ilustración de la inspirada promesa: “En memoria eterna será el justo.” Salmo 112: 6.

El padre de Charles, John, estaba dedicado a los negocios, y mantenía una tienda en aquellos días en Kelvedon, pero aparentemente no le iba muy bien. Diez meses después del nacimiento de Charles (Abril de 1835), John y su esposa Eliza se mudaron a Raleigh, Essex, y luego a Colchester, y unos cuatro meses más tarde (Agosto de 1835), Charles fue a vivir con sus abuelos, a Stambourne. El último libro que escribió durante su vida, titulado *Recuerdos de Stambourne*, fue acerca de este pueblito donde vivió con su abuelo siendo todavía muy niño, aproximadamente durante cinco años. Charles casi nunca mencionaba su nacimiento en Kelvedon, ni sus días en Colchester, excepto para narrar la historia de su conversión que tuvo lugar en este último pueblo. La casa en la que nació, tiene una placa conmemorativa que dice: “lugar de nacimiento del Príncipe de los Predicadores.”

Sus padres

La madre de Spurgeon fue Eliza Jarvis. Nació en el año de 1815, el 3 de Mayo, y era la hermana menor de Charles Parker Davis, el tío por quien Charles recibió su nombre. Todo mundo la reconocía como “una mujer notable por su piedad, utilidad, y humildad.” Eliza acababa de cumplir los diecinueve años, cuando Charles, su primogénito, vino al mundo.

El padre de Charles, John, fue el segundo de diez hijos, y nació el 15 de Julio de 1810. Tenía alrededor de 24 años cuando nació su hijo. John era muy alto y corpulento, un buen ejemplar de un inglés del campo. Además de ser un hombre de negocios, predicaba fervientemente el Evangelio y servía como ministro muy capaz de una iglesia Independiente. Poseía una poderosa voz, y debido a eso fue elegido para dirigir y anunciar los himnos cuando se celebraban reuniones al aire libre en Colchester. Charles heredó su potente voz. Durante años, John trabajó en Colchester como empleado de un cierto nivel en una oficina que distribuía carbón y coque (otro derivado del carbón); esto lo hacía durante la semana, y los fines de semana servía como pastor de la iglesia independiente de Tolesbury. Más o menos a la mitad de su vida, se dedicó de lleno al ministerio.

Spurgeon tenía una excelente relación con sus padres, y especialmente sentía hacia su madre Eliza una profunda reverencia. La dedicación de esa madre para con sus hijos, nos recuerda a Susana, la madre de John Wesley. Aunque no gozaba de muy buena salud, ella oraba con sus hijos y les leía la Biblia diariamente. Era una mujer de pequeña estatura. Charles heredó ese rasgo, aunque ella era muy alta en el Espíritu. Su devoción cristiana influyó tremendamente en Charles. John terminó sus días en Londres, predicando en una iglesia de esa ciudad. La familia Spurgeon no fue rica, y durante años batallaron con una numerosa familia, como lo hacían los ministros cristianos de la iglesia independiente del siglo diecinueve. De estos humildes principios y de este contexto vino a la escena el más grande predicador de la era victoriana.

Spurgeon comentó en algún momento de su vida: “necesitamos nuevamente Luteros, Calvinos, Bunyans, Whitefields, hombres capaces de marcar épocas, cuyos nombres envíen ondas de terror a los oídos de los enemigos. Tenemos una tremenda necesidad de hombres así. ¿De dónde nos vendrán? Ellos son dones de Jesucristo a Su iglesia, y vendrán a su debido tiempo. Él tiene poder para darnos nuevamente una edad de oro de predicadores, un tiempo tan fecundo en grandes teólogos y poderosos ministros como lo fue la época de los puritanos, cuando la buena y antigua verdad sea predicada nuevamente por hombres cuyos labios sean tocados con carbones encendidos procedentes del altar. Este será el instrumento en la mano del Espíritu para traer un grandioso y pleno avivamiento de la religión en la tierra.”

La familia de Spurgeon no se imaginaba, cuando llegó al mundo, que él mismo iba a desempeñar ese papel para unirse a la noble caravana de los gigantes del púlpito que trajeron la edad de oro de la predicación a la iglesia victoriana inglesa.

El cambio a Stambourne

Cuatro meses después de que la familia estableció su residencia en Colchester procedente de Kelvedon en Agosto de 1835, los padres enviaron al bebé de catorce meses de edad, a vivir con sus abuelos en Stambourne, ubicado en el campo del condado de Essex. Los abuelos habían ido de visita a Colchester y se llevaron consigo al bebé. Una encuesta eclesiástica de 1676 arrojó la información que el condado de Essex tenía la mayor proporción de disidentes protestantes de toda Inglaterra. Stambourne en realidad tenía una clara mayoría de inconformes. Este fue un suelo fecundo en el que Charles pudo desarrollarse.

Stambourne era una aldea bellísima y contaba con unos alrededores sorprendentes. En el tiempo de Spurgeon únicamente había una herrería, una tienda ubicada dentro de una casa de habitación, dos cervecerías y una escuela ubicada también dentro de una casa. Las casas del pueblo que eran pocas, y había una iglesia Congregacional independiente y una iglesia Anglicana. La población era aproximadamente de unas 500 personas en aquellos días y no había ni oficina de correos, ni médicos ni policías. Era un lugar tranquilo, feliz, lleno de descanso, un lugar que Spurgeon nunca olvidaría. A lo largo de su vida el predicador albergó gratos recuerdos del lugar donde su abuelo había vivido y ministrado a la congregación independiente desde 1810.

La razón por la que el bebé fue enviado a vivir con sus abuelos permanece más o menos en la oscuridad. Se ha conjeturado que sus padres se encontraban en una situación financiera de estrechez. Esto parecería ser la razón más lógica. John y Eliza tuvieron diecisiete hijos en total; nueve de ellos murieron en la infancia. Charles no regresó a vivir con sus padres sino hasta los seis años de edad. Pero puede percibirse en esta circunstancia el propósito providencial del Señor. El abuelo James ministraba en el espíritu de los grandes teólogos

puritanos. Se decía de él que era “uno de los últimos representantes de la Vieja Disensión.” Personificaba a los puritanos en algunas de sus mejores expresiones. Charles tuvo allí una niñez feliz y en el hogar de sus abuelos recibió una sólida formación de carácter. Nunca se sustrajo a la profunda influencia de su temprana educación puritana.

La niñez de Spurgeon en Stambourne

Como ya se ha mencionado, Spurgeon recordaba con especial cariño la casa de sus abuelos en Stambourne que luego describió vívidamente. Escribió acerca de ella en la revista *La Espada y la Cuchara* en 1888. Recuerdos placenteros y preciosos fluyeron de su pluma. Realmente se trataba de una mansión. Pocos pastores disidentes tenían una casa así, pero una casa espaciosa era necesaria para la gran familia del pastor abuelo de Spurgeon. James y su esposa tuvieron nueve hijos, tres mujeres y seis varones. Pero era inusual que un pastor disidente tuviera una casa así. En esa mansión y especialmente junto a la chimenea, Spurgeon pasó muchas horas felices, gozando de las conversaciones con los abuelos y especialmente con su tía Ann, quien era una tía soltera que vivía también en esa casa. Ella fue quien enseñó a leer a Charles. Era una casa hermosa, era un hogar feliz.

El abuelo James

James, el abuelo de Charles, tenía un carácter sumamente interesante y proyectaba una gran influencia. Era un ministro del Evangelio muy maduro, un verdadero puritano que creía que la Biblia era literalmente la Palabra de Dios inspirada verbalmente en su totalidad. Se dedicó a los negocios hasta los veintiséis años de edad, cuando sintió el llamado definitivo para dedicarse de lleno al ministerio. Estudió en la Academia Hoxton, durante dos años.

Se hizo luego cargo de la capilla independiente de Stambourne que tenía 200 años de historia. Durante todo ese tiempo sólo habían tenido cuatro ministros. James fue llamado por unanimidad para ocupar el cargo. En Mayo de 1811 se instaló como pastor. Permaneció en el cargo durante 54 años. Todo mundo tenía una gran opinión de él. Y el abuelo afirmaba: “no he tenido una sola hora de infelicidad con mi iglesia desde que me hice cargo de ella.” No son muchos los ministros que podrían decir eso.

A través de los años, otras iglesias buscaron a James Spurgeon para ser pastoreadas por él, pero su compromiso con el pueblo de Stambourne persistió a lo largo de su vida. Raramente predicaba en alguna otra iglesia que no fuera la suya. Era un hombre robusto y su figura era imponente. Tenía una cabeza grande, y como decían algunos, contenía mucho bien. También poseía una potente voz: esa era evidentemente una característica de la familia. Era intenso y práctico en la predicación del Evangelio, una imagen perfecta de la vieja escuela de los teólogos puritanos. No poseía ninguna riqueza sino la del espíritu. En una ocasión le dijo a su nieto: “Charles, no tengo nada que pueda dejarte, nada que heredarte, sino la gota reumática; y te he heredado una buena cantidad de ella.” Pero en realidad le dejó mucho más que eso. Le dejó una buena herencia de entendimiento de la fe cristiana al estilo de los puritanos, que Spurgeon utilizó durante toda su vida.

James era de mente muy amplia en su actitud hacia otros verdaderos creyentes, independientemente de la denominación a la que pertenecieran. No podría ser acusado de fanatismo. James gozaba de una excelente relación con el Rector de la iglesia parroquial, (estamos hablando de la iglesia de Inglaterra), quien era un anglicano evangélico en el mejor sentido del término. Coincidían en materia doctrinal y en los temas centrales de la fe cristiana. El abuelo poseía significativos dones de predicación. Un fervor evangélico siempre salía a la superficie en sus mensajes. Invariablemente llamaba a la gente a tener fe en Jesucristo. Declaraba todo del consejo de Dios en toda su realidad. Poseía una gran fe. Poseía también un gran sentido del humor. Un día le preguntaron que cuánto pesaba. Él respondió: “bueno, eso depende de cómo me consideren. Si me pesaran en la balanza, me temo que no peso lo suficiente, pero en el púlpito, me dicen que soy lo suficientemente pesado.”

La abuela de Spurgeon era una señora muy tranquila y querida, muy quieta y siempre retirada a un segundo plano. Ella se dedicaba al entrenamiento espiritual de sus hijos. Se dedicaba a obras de caridad y benevolencia, dirigiendo y participando en grupos dedicados a esas actividades. Siendo una mujer de profunda piedad, se convirtió en una inspiración real para el muchacho.

Pero fue la hija que vivía en casa, la tía Ann, quien realmente hizo el papel de madre para Charles en aquellos días. El niño pasó muchas horas felices con la tía que le consentía. Le preparaba pastelillos que acompañaba con leche fría. Ella le enseñó a leer perfectamente.

El niño precoz

Hemos de recordar que fue en la casa pastoral de Stambourne donde Spurgeon descubrió uno de sus mayores tesoros: *El Progreso del Peregrino* de John Bunyan. Aun siendo un niño muy pequeñito, a la edad que muchos otros niños se esforzaban por deletrear palabras de una sola sílaba, él ya leía con fluidez. A esa corta edad, acostado en el suelo frente a la chimenea, leía a la luz de una débil vela. De esta experiencia surgieron muchas ideas para su famosa conferencia *Sermones sobre velas*. En aquellos días, los volúmenes de los puritanos que leía eran demasiado pesados para poder cargarlos. Al contemplar los grotescos grabados que describían la caminata de Cristiano, comenzó a sentir la carga que veía en la espalda del Peregrino, hasta que se libró de ese peso. Charles dijo: “quería saltar de gozo, cuando después de llevar su peso durante tanto tiempo, finalmente se libró de él.” Durante los años que pasó con sus abuelos, también leyó con sumo interés, a esa tierna edad, *El Libro de los Mártires* de Fox. Devoró también *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, un libro puritano que pocos entendieron. Se convirtió en un ratón de biblioteca, estudiando las pesadas obras de los puritanos. Definitivamente era un niño precoz, al menos en lo relativo a la lectura. Spurgeon comentaba: “cuando era sólo un niño, yo podía discutir enredados problemas de teología controversial.”

También leyó muchos libros a lo largo de su juventud, y no se trataba solamente de libros de teología. En una ocasión leyó un libro sobre corridas de toros en España. Sus padres lo castigaron por eso. Spurgeon dijo: “tenían razón, pues yo quisiera olvidar incluso la mitad de lo que leí en el libro, pero no puedo, ya que se me adhirió como pegamento.” También decía: de aquel cuarto oscuro (donde estaban almacenados los libros) yo tomaba a esos viejos autores cuando todavía era muy joven, y nunca era más feliz que cuando estaba en su compañía. Del presente desprecio en que ha caído el puritanismo, muchos valientes y verdaderos corazones lo rescatarán, con la ayuda de Dios, antes de que pasen muchos años. Quienes han embadurnado y

opacado los cristales de la ventanas, se sorprenderán cuando vean la luz del cielo proyectando sus rayos sobre la vieja verdad y difundiéndola para su confusión.”

Muy probablemente Spurgeon aprendió muchas cosas acerca de la predicación viendo a su abuelo cuando preparaba los sermones. El abuelo siempre preparaba los sermones que predicaría el domingo sentado en la sala. Charles lo acompañaba invariablemente en esa habitación. El abuelo tenía el propósito de mantenerlo muy quieto allí. Pero, ¿cómo podrían mantenerlo tranquilo? James pensó haber encontrado una solución razonable. Lo ponía a leer una vieja copia de *La Revista Evangélica*. Sin embargo, esta actividad no tenía ningún efecto sedativo para Spurgeon. Incluso la inevitable foto de un misionero en algún remoto lugar, no atraía su atención. Entonces el abuelo encontró una forma efectiva de tranquilizar al niño. El abuelo le advirtió que no podría predicar bien si no podía preparar el sermón por causa del desasosiego del niño. ¡Funcionó! Funcionó porque el niño comenzó a preguntarse qué le pasaría a la gente que no conociera el camino al cielo. “Esto me obligó a regresar a leer la revista y ver la foto del misionero en tierras lejanas,” afirmó más tarde.

A Spurgeon le agradaba que le permitieran leer la Biblia cuando la familia se reunía para la oración. Gozaba plenamente esas horas. En una ocasión, mientras leía un pasaje de la Escritura del Libro de Apocalipsis que se refería al “pozo del abismo,” (Apocalipsis, capítulo 9), volteó a ver a su abuelo y le preguntó qué significaba eso. James no prestó atención a su pregunta, y le respondió: “vamos, vamos, niño, continúa.” Charles no iba a dejar que se le disuadiera con tanta ligereza. Cada día, cuando llegaba el momento de leer la Escritura, iba al mismo capítulo, Apocalipsis 9, y leía el mismo versículo que hacía mención del “pozo del abismo.” Y al leerlo hacía la misma pregunta: “¿qué significa eso? Pero el abuelo continuaba haciendo a un lado la pregunta. Charles trató de encontrar respuestas en su pequeña mente acerca de qué le pasaría a la gente que caía en un pozo que no tenía fondo. ¿Qué pasaría cuando llegaran al otro extremo del pozo? Continuamente hacía la misma pregunta a la hora de la adoración familiar. Finalmente el abuelo cedió, se rindió y respondió la pregunta de una manera que aterrorizó a Charles. El propio Charles comentó posteriormente: “Puedo recordar el horror que se apoderó de mi mente cuando mi abuelo me comentó lo que significaba para él, el ‘pozo del abismo.’ Hay

un pozo profundo, y el alma cae y cae. ¡Oh, cuán rápidamente está cayendo! El último rayo de luz en la boca del pozo ha desaparecido, y el alma cae, y cae, y cae y cae. Y continúa cayendo más y más y más y más, por mil años. ¿Acaso ya se está acercando al fondo? ¿Va a detenerse algún día? No, no, no, el clamor responde: es un ‘pozo del abismo.’ Ya ha estado cayendo un millón de años. ¿Acaso está cerca del fondo? No, para nada. Es el ‘pozo del abismo.’ Se cae, y se cae, y se cae y el alma continúa cayendo perpetuamente a una profundidad cada vez mayor, cayendo eternamente en el ‘pozo del abismo’, siempre, siempre, siempre, pues es el pozo que no tiene fondo. Es una aflicción sin término, sin esperanza de que concluya alguna vez.”

Hay otra anécdota muy interesante, que es el incidente de la ‘manzana en la botella.’ En su *Autobiografía* el propio Spurgeon nos relata la historia: “recuerdo muy bien que en mi niñez vi una gran manzana metida en un frasco que estaba puesto sobre la repisa de la chimenea. Esto fue algo sumamente raro para mí y de inmediato traté de investigarlo. Mi pregunta era: ‘¿cómo pasó la manzana por el cuello tan angosto de la botella?’ ¿Qué medios se utilizaron para meterla? Aunque tocar ese tipo de tesoros colocados en la repisa de la chimenea constituía alta traición, bajé el frasco y mi alma niña se convenció de que la manzana no habría podido pasar por el cuello del frasco; al revisar el fondo del frasco, llegué a la conclusión que tampoco pudo haber pasado por allí. Entonces desarrollé la hipótesis de que por un artificio oculto, la botella había sido fabricada con dos piezas que después unieron de manera tan cuidadosa que no quedó ningún rastro de la unión. Sin embargo, no estaba nada satisfecho con esa teoría, pero como no había ningún filósofo a la mano que me sugiriera cualquier otra hipótesis, dejé de pensar en ello. Un día, en el verano del siguiente año, vi por casualidad otro frasco, primo hermano de mi viejo amigo, en la rama de un manzano en la crecía una manzanita que había pasado por el cuello del frasco, siendo aún muy pequeña. El gran secreto desapareció. No grité: ¡eureka, eureka!, pero lo habría hecho si hubiera tenido el dominio de la lengua griega.”

Spurgeon siempre podía encontrar aplicaciones para sus sermones, que tomaba de estas tempranas experiencias. De esta última anécdota aprendió que los jóvenes deben ser atraídos a la casa de Dios por todos los medios posibles con la esperanza de que más tarde en sus vidas amen el lugar donde se predica el Evangelio. Pero el predicador

también argumentaba que los sermones no debían ser demasiado largos para no aburrir a los pequeñuelos. Esos tempranos años en Stambourne formaron la dirección general de la vida de Spurgeon. Su abuelo puritano le impartió un amor y una reverencia hacia la perspectiva puritana de la fe cristiana de la cual no se separó nunca.

Otras personas también influyeron en él, como el reverendo James Hopkins, rector o clérigo de la iglesia anglicana del pueblo de Stambourne. Aunque pertenecía al “establecimiento,” predicaba, en el mismo espíritu, el mismo Evangelio que predicaba su abuelo James Spurgeon. En aquellos tiempos había puritanos tanto dentro de la iglesia anglicana como fuera de ella. A Spurgeon le parecía sumamente placentero que los dos hombres de Dios, uno, un pastor de la iglesia establecida, y el otro, un pastor disidente, se tuvieran estima y respeto mutuos y vivieran en una genuina comunión cristiana.

A la tía Ann, quien fue realmente la tutora del niño, le gustaba contar la anécdota del encuentro de Charles con el “viejo Roads.” Uno de los miembros de la iglesia independiente de Stambourne, Thomas Roads, visitaba con frecuencia la cervecería local para tomar unas “gotas de cerveza.” No solamente bebía allí en el establecimiento sino también fumaba su pipa. Esto afligía profundamente al piadoso pastor. El hombre de Dios a menudo suspiraba cuando pensaba en la inconsistente vida cristiana de ese miembro de su iglesia. Charles se había dado cuenta de la aflicción de su abuelo. Un día el niño comentó en voz muy alta, para que su abuelo lo oyera claramente: “voy a matar al viejo, eso es lo que voy a hacer.” El abuelo le dijo: ‘¡Cállate! ¡Cállate! No debes hablar así. Eso está mal, tú lo sabes, y la policía vendría por ti y te llevaría’. Charles replicó: “no voy a hacer nada malo; pero sin embargo, lo voy a matar. Eso haré.” Uno puede imaginarse la consternación del abuelo, aunque en el fondo supiera que el niño no haría nada indebido; así que dejó que pasara ese incidente haciendo el comentario: “qué niño tan extraño.”

Poco tiempo después, un día entró Charles a la casa diciendo: “he matado al viejo Roads; nunca volverá a causar aflicción al abuelo.” “Mi querido hijo, ¿qué has hecho?, ¿dónde has estado?”, preguntó el abuelo. El niño replicó: “no he hecho nada malo, abuelo, he estado involucrado en la obra del Señor, eso es todo.” Y no quiso agregar nada más. A pesar de las diversas presiones, no quiso revelar nada más.

No pasó mucho tiempo para que el misterio fuera revelado. Alguien tocó a la puerta de la casa, y allí estaba el viejo Roads. La tristeza y la depresión marcaban cada línea de su rostro. Y allí contó la historia de cómo había sido asesinado. Dijo: “estoy avergonzado, mi querido pastor, por haberle causado tal tristeza y preocupación. Hice algo muy malo, lo sé; pero yo lo he amado mucho a usted, y no lo habría hecho de haber estado consciente del mal que le causaba.” El abuelo James, conmovido por las palabras del viejo Roads, escuchó muy atentamente el siguiente relato:

“Estaba sentado en la cervecería tomando mi jarra de cerveza y fumando mi pipa, cuando entró el niño. ¡Pensar que haya sido un niño quien me llamara al orden y me reprendiera! Pues bien, apuntándome con el dedo, me increpó: ‘¿Qué estás haciendo aquí? En compañía de los impíos, tú, un miembro de la iglesia, estás rompiendo el corazón de tu pastor. ¡Me avergüenzo de ti! Yo no rompería el corazón de mi pastor, estoy seguro.’ Y luego se marchó. Al principio yo me enojé; pero a la vez sabía que todo era cierto, y que yo era culpable; así que apagué la pipa y ya no me tomé la jarra de cerveza, y me dirigí apresuradamente a un lugar solitario y allí me arrojé a los pies del Señor, confesándole mi pecado e implorando Su perdón. Y yo sé y creo que el Señor, en Su misericordia, me perdonó; y ahora vengo a pedirle perdón a usted; nunca voy a causarle más preocupaciones, mi amado pastor.” Como era de esperarse, el pastor, feliz, perdonó a su hermano arrepentido. Y el arrepentimiento demostró ser genuino. A partir de aquel momento, el viejo Roads llevó una consistente vida cristiana.

Cuando Roads estaba a punto de morir, el pastor Houchin, quien era el sucesor del pastor James Spurgeon, a la hora de la muerte de Roads se acercó al lecho del enfermo y abrió la Biblia. Roads comentó: “he contado todas sus páginas, señor.” El pastor le preguntó: ‘¿Por qué? ¿Para qué contaste las páginas?’ El viejo Roads le respondió: “no aprendí a leer nunca y no pude leer ni una sola palabra de la Biblia, pero quise al menos contar cuántas páginas tenía.’ Esto fue muy patético y muy revelador. Lo extrañamos mucho.” Ese fue el comentario del pastor Houchin.

La vieja capilla

La antigua casa ocupada por la congregación del abuelo de Spurgeon, se convirtió en el supremo deleite del niño. Esa congregación independiente fue establecida cuando un pastor de la iglesia anglicana de Stambourne, de nombre Henry Havers, se separó del anglicanismo. Se había separado por razones de disputas teológicas. Todos los sucesivos pastores de esa iglesia fueron buenos puritanos. A través de los años se había convertido en una excelente iglesia, aunque no llegó a ser grande. Spurgeon amaba a los congregantes y al viejo edificio. La gente que se congregaba allí era típica gente provinciana procedente de Essex. Amaban la buena predicación. La religión predominaba en esa pequeña comunidad. La capilla tenía capacidad para unas 600 personas, y los domingos por la tarde se llenaba por completo. Disfrutaban mucho cantando himnos. El abuelo compuso un himnario y prometió que haría otro si el primero tenía buena aceptación. La verdad es que resultó un fracaso. Entre paréntesis, Spurgeon una vez cantó un solo, el cuatro de Junio de 1889. O al menos intentó cantar un solo. La congregación gozó mucho con esa experiencia, aunque definitivamente no era un buen vocalista.

El niño comenzó su educación formal en Stambourne. Asistió a una escuela conducida por una señora de apellido Burleigh. Las clases tenían lugar en el interior de una antigua casa de habitación. Tenía un piso desvencijado, una sola ventana, y las paredes se estaban cascando. Algunos reportes de esos días iniciales de su educación escolar, establecen que el niño precoz no mostró ninguna habilidad escolástica sobresaliente; pero eso parece muy dudoso, ya que Spurgeon tenía una mente muy inquisitiva.

Cuando llegó el triste momento para Charles de abandonar el hogar del abuelo para regresar con sus padres a Colchester, sintió el más profundo dolor de su niñez. Contaba entonces con seis años de edad. Después de mucho llanto, se fue con el consolador pensamiento que cuando mirara a la luna en Colchester, estaría viendo la misma luna que su abuelo estaría mirando en Stambourne. Durante muchos años, dijo luego Spurgeon, nunca miró a la luna sin dejar de pensar en su abuelo.

James Spurgeon, como lo mencionamos anteriormente, prestó sus servicios a la capilla de Stambourne durante 54 años. Ministró allí hasta su muerte, en 1864, cuando contaba con 88 años de edad. Murió

diez años después que Spurgeon asumió el cargo de pastor de la Capilla New Park Street, en Abril de 1854.

Una profecía

Un fascinante evento ocurrió en el verano de 1844, durante una de las visitas que Charles hacía a la casa de su abuelo en Stambourne. El niño ya contaba con diez años de edad a la sazón, y el incidente afectó profundamente su vida futura.

Un predicador muy conocido, Richard Knill, viajaba por la región que ya hemos descrito como los 'Fens', en representación de la Sociedad Misionera de Londres. Iba de pueblo en pueblo durante aquel verano de 1844, y guiado por la Providencia, pasó unos cuantos días en Stambourne, hospedándose en la casa del pastor. Era un notable predicador con una pasión tremenda por ganar almas para la fe en Cristo. Spurgeon lo describió como "un gran ganador de almas."

Richard Knill podía contar fascinantes historias que cautivaron al joven Spurgeon, al igual que al abuelo James. Había pasado un tiempo en la India. Knill tenía la habilidad de comunicar el Evangelio de Cristo en cualquier ambiente y circunstancia. Era un excelente misionero. No sólo conocía muy bien la India, sino también Rusia. Estaba en San Petersburgo en la época que desbordó el río Neva, en Noviembre de 1824, y también durante la epidemia de cólera en el año de 1830. Podemos imaginarnos cuán fascinado estaba el joven Charles y la familia del pastor por tener a un huésped tan distinguido en el hogar.

Knill le dedicó un tiempo considerable a Charles. Durante la visita le preguntó al joven, "¿En qué habitación duermes? Voy a buscarte temprano en la mañana." La pregunta sorprendió al muchacho, pero no dijo nada. A las seis de la mañana, Knill despertó a Charles. Lo condujo cerca de un árbol, y de "la manera más dulce," compartió al joven sobre el amor de Cristo y la bendición de confiar en Él como Salvador y servirle desde la propia niñez. Le comentó lo bueno que había sido Dios con él, y cuán maravilloso era servirle. Luego se arrodilló y oró para que Charles llegara a conocer a Jesucristo como Salvador y servirle como Señor muy pronto.

Después de tres días se volvieron inseparables. Knill compartió con Charles las grandes verdades del Evangelio y oró por él. Justo antes de partir, toda la familia se reunió para la oración de la mañana. Entonces, en presencia de todos, Knill se acercó a Charles y dijo: “este niño predicará un día el Evangelio, y lo predicará a grandes multitudes. Estoy persuadido de que predicará en la capilla de Rowland Hill, de la que soy ministro actualmente.

Spurgeon comentó tiempos después: “Knill pronunció esta palabra profética muy solemne y profundamente. Llamó a todos los que estaban en la casa para que sirvieran de testigos de lo que decía.” Luego le dio unas cuentas monedas si aprendía de memoria el himno “Dios se mueve de manera misteriosa, para hacer Sus maravillas.” Knill hizo prometer a Spurgeon que cuando predicara en la Capilla de Rowland Hill, ese himno sería cantado.

Esa profecía conmovió profundamente a Charles. Poco tiempo después de que Charles asumió el cargo de pastor de la Capilla New Park Street, el doctor Alexander Fletcher tenía el compromiso de predicar un sermón para los niños de la Capilla Surrey, la iglesia de Rowland Hill. Pero cayó enfermo, y Spurgeon predicó en su lugar. Aceptó con una condición: “Sí,” dijo, “lo haré, si ustedes están de acuerdo, si ustedes permiten que los niños canten: ‘Dios se mueve de manera misteriosa.’ Hice una promesa hace mucho tiempo, así que ese himno debe ser cantado.” Así la profecía fue cumplida. Spurgeon comentó posteriormente: “no puedo describir mis emociones sentidas en esa ocasión, pues la palabra del siervo del Señor fue cumplida.”

Sin embargo, años más tarde, Spurgeon no estaba muy seguro de que la Capilla Surrey fuera el lugar exacto que tenía en mente el señor Knill cuando pronunció su profecía. La duda de Charles se originaba en que podría haber tenido en mente la ciudad donde Knill pasaba sus veranos. Rowland Hill también había prestado sus servicios allí. Entonces, de manera muy inesperada, el ministro de ese pueblo específico lo invitó a predicar allí. Spurgeon condescendió, con la condición que la congregación cantara: “Dios se mueve de manera misteriosa.” Así que cualquier lugar que Knill haya tenido en mente en su profecía muchos años antes, Spurgeon la cumplió en ambos lugares. Spurgeon dijo: “para mí fue algo maravilloso, y no entendí en aquel

momento que se volvió realidad, como no lo he entendido al día de hoy, por qué el Señor me ha dado tanta gracia.”

Definitivamente, la profecía de Knill tuvo una gran influencia en Spurgeon. Algo de una vena mística corría por la familia Spurgeon, aunque el predicador siempre juzgó esas experiencias místicas según las Escrituras. Cuarenta años más tarde, en un sermón predicado el 17 de Julio de 1871, Spurgeon hizo referencia al incidente de la profecía de Knill. También en su *Autobiografía* hizo una evaluación de la experiencia, en una narración larga y fascinante. “¿Acaso las palabras del señor Knill ayudaron a traer su propio cumplimiento? Yo creo que sí. Yo creí en esas palabras, y anhelaba el tiempo cuando pudiera predicar la palabra: yo sentía muy poderosamente que ninguna persona inconversa debería atreverse a entrar al ministerio; esto me condujo, no lo dudo, a buscar más intensamente la salvación, y a tener una mayor esperanza de ella, y cuando por gracia fui capacitado para arrojarme sobre el amor del Salvador, no pasó mucho tiempo para que mi boca comenzara a hablar de Su redención. . . ¡Pluguiera a Dios que todos fuésemos tan sabios como Richard Knill, y habitualmente sembráramos junto a todas las aguas! ... El señor Knill pudo haber pasado por alto al nietecito del ministro, basándose en el argumento que tenía otros deberes de mayor importancia que orar con niños, y sin embargo, quién puede decir que no consiguió tanto por medio de ese acto de humilde ministerio como por docenas de sermones dirigidos a audiencias abarrotadas: de cualquier manera, *para mí* su ternura al considerar al pequeñito estuvo acompañada de consecuencias eternas, y yo estoy convencido que su tiempo estuvo muy bien empleado. ¡Que pudiéramos hacer el bien en todas partes en las que se nos presenta una oportunidad, y los resultados no se harían esperar!”

Su último viaje a Stambourne

Al final de su vida, Spurgeon visitó Stambourne. De esa experiencia surgió su último libro: *Recuerdos de Stambourne*. Viajó a Stambourne el 8 de Junio de 1891, después de haber predicado esa mañana, lo que resultó ser el último sermón que predicó en el Tabernáculo Metropolitano. Regresó al hogar de su niñez para tomar unas fotos que se iban a incluir en el libro. Muchos amigos trataron de convencerlo de que no hiciera el viaje; sin embargo, él decidió hacerlo. Parecía haber algo en su corazón que lo llevó de regreso a aquellos días felices

pasados con sus abuelos y la querida tía Ann. Enfermó seriamente en el viaje y tuvo que ser llevado de emergencia a casa. Esta enfermedad particular lo incapacitó completamente por tres meses. Pero cuando sus recuerdos volvieron a su memoria: la profecía de Richard Knill, la vieja casa pastoral con sus pisos de ladrillo cubiertos de arena, la habitación del piso de arriba en donde conoció por vez primera a los escritores puritanos, todo eso lo llenó de gozo y lo condujo a derramar lágrimas.

En el hogar en Colchester

Cuando Spurgeon se separó de sus abuelos y regresó con sus padres a Colchester, habían nacido ya otros tres hijos a la familia: dos hermanas y un hermano. Charles, siendo el mayor, tomó el control de inmediato sobre sus hermanos. Tenía un carácter emprendedor y dominante en el buen sentido de la palabra. Sin embargo, también había una vena de aprensión en su carácter dominante: le tenía un innato pavor a las vacas, y aun cuando ya era adulto, dudaba de cruzar solo una calle. Poseía una gran sensibilidad de espíritu.

Muy temprano en su vida mostró una inclinación a escribir poemas. Los niños de la época victoriana tenían una propensión a tales cosas. Muchos lo intentaban, pero Spurgeon alcanzó la excelencia. Inclusive editaba una pequeña revista. En una copia que sobrevivió, hablaba de reuniones de oración y alentaba a los lectores a que se entregaran a las bendiciones provenientes de la oración. Por supuesto que por las circunstancias que le rodeaban, era de esperarse que los temas religiosos ocuparan su mente.

Los días escolares

En esos tempranos años en Colchester, Charles asistió a una escuela que dirigía una cierta señora de apellido Cook, la esposa de un capitán de barco. Estudió allí durante unos cuatro años, hasta alcanzar la edad de diez años. En aquellos días no existía un sistema de educación gratuita, y un gran número de niños permanecían siendo analfabetas. Las escuelas eran operadas como negocios privados, así que los padres tenían que pagar para que los niños asistieran a clases. John Spurgeon, su padre, quería que sus hijos tuvieran la mejor educación que pudiera proporcionarles, y por eso Charles comenzó a asistir a la escuela de la

señora Cook. Esta señora se dio cuenta muy pronto de que ya no le podría enseñar más de lo que había aprendido, así que los padres de Spurgeon lo enviaron a otra escuela que poseía normas académicas más elevadas que la mayoría de las instituciones similares de la época, en Colchester: la escuela "Stockwell House," cuyo director era el señor Henry Lewis. Un maestro distinguido de esa escuela era el señor E. S. Leeding, (Edwin Sennit Leeding). Leeding tuvo una influencia importante en la educación de Spurgeon. Charles comentó acerca de él: "era un maestro que realmente enseñaba a sus alumnos; y gracias a su diligente habilidad yo establecí el cimiento sobre el cual construí en los años posteriores." Cuando entró a esa escuela, ya había progresado de manera excepcionalmente notable en escritura, lectura, matemáticas y ortografía. Allí también inició sus estudios de griego y latín a la par que principios de filosofía. Aunque nunca se convirtió en un erudito en lenguas antiguas, llegó a dominar el latín y Euclides (es decir, la geometría). Les dedicó especial atención al griego coine del Nuevo Testamento y al hebreo del Antiguo Testamento.

Entre las edades de diez y once años, el 11 de Diciembre de 1844, obtuvo el primer premio de la clase de inglés, y el premio consistió en una copia del libro *Historia natural de Selborne*. Spurgeon conservó este libro como un tesoro durante toda su vida. Uno de sus biógrafos, Conwell, argumenta que Spurgeon no mostró señales tempranas de genialidad. Sin embargo, uno se cuestiona seriamente esa afirmación, pues ciertamente tenía una inteligencia muy destacada. A esa edad ya había leído a muchos de los teólogos puritanos y poseía un razonable entendimiento del pensamiento de hombres como Richard Sibbes, John Owen, John Clavel y Matthew Henry. Durante estos años escolares, Spurgeon también aprendió mucho acerca de la vida en general. Permaneció en esa escuela hasta Junio de 1848.

El hermano menor de Charles, (unos tres años más joven) y también dos hermanas menores que él, Eliza y Emily, eran sus constantes compañeros. Charles se convirtió inmediatamente en el líder, pero esto fue, no debido a que era el mayor, sino porque poseía las cualidades de un fuerte liderazgo. En una ocasión, su padre lo descubrió dirigiendo a los niños, que jugaban a la iglesia. Él estaba de pie sobre una estructura que contenía heno, haciendo como que predicaba y los otros niños estaban sentados sobre montones de heno frente a él, escuchándole predicar. En otra ocasión, los dos niños estaban jugando con barquitos

de juguete en un arroyuelo; Charles bautizó a su barquito: *El Tronador*, un título que había escogido, -dijo él mismo- porque quería un nombre que tuviera una connotación de valiente y victorioso.

Por esta época, su padre lo describe así: “Charles era un niño saludable, poseía una buena constitución, una disposición muy cariñosa, y era muy estudioso. Siempre estaba leyendo libros: nunca se le encontraría cavando en el jardín, o cuidando u observando a las palomas, como los demás niños. Siempre estaba en medio de libros y más libros. Si su madre quería llevarlo de paseo, usualmente lo encontraba en mi estudio leyendo algún libro. Era muy inteligente, por supuesto, y demostraba su inteligencia en todas las ramas del saber. Aprendió a dibujar muy bien.

Un incidente muy interesante tuvo lugar durante los estudios de Charles en la escuela del señor Henry Lewis. Siempre estaba al frente del grupo, como el mejor alumno. De pronto, sus calificaciones comenzaron a bajar muy rápidamente, hasta que llegó a ocupar el último lugar de la clase. Al principio, eso confundió mucho a su maestro, que no entendía qué pasaba con aquel brillante estudiante, pues conocía la capacidad de Charles. Finalmente se hizo la luz: el estudiante que ocupaba el primer lugar del salón, se sentaba en un sitio de honor, pero ese sitio estaba ubicado lejos de la chimenea, junto a una puerta que recibía un chiflón de aire frío. El señor Lewis revirtió entonces el orden de los asientos, y colocó el asiento de honor cerca de la chimenea. El joven estudiante muy pronto recuperó el primer lugar.

Charles regresaba a la casa de su abuelo en Stambourne virtualmente cada verano. Aunque su padre poseía también una vasta biblioteca teológica, cuando iba a Stambourne, invariablemente subía a la famosa habitación del piso superior, donde estaba almacenada la reserva secreta de las antiguas obras teológicas. Spurgeon comentó posteriormente: “Del oscuro cuarto yo sacaba a esos viejos autores... y nunca era más feliz que cuando estaba en su compañía.” Siendo todavía un niño, poseía una increíble comprensión teológica.

Además, escuchar y participar en elevadas discusiones teológicas era también algo que estaba disponible en Colchester, pues se le permitía estar presente cuando su padre y otros ministros se reunían a comentar sobre diversas materias bíblicas. Más tarde afirmó: “yo doy testimonio

de que los niños *pueden* entender las Escrituras, pues estoy seguro de ello, ya que siendo sólo un niño, podría haber discutido muchos puntos nudosos de teología controversial, habiendo escuchado ambos lados libremente expresados entre el círculo de amigos de mi padre.”

En resumen, Spurgeon nunca recibió ninguna educación teológica formal para el ministerio. Sin embargo, adquirió una amplia educación general, a costa de muchos sacrificios de parte de su padre. Si la educación no fue mejor, es porque no había nada mejor disponible en donde vivían.

Alguien que ya mencionamos, Edwin Sennit Leeding, fue una figura clave en este proceso educativo. A la muerte de este señor en 1890, Spurgeon escribió la siguiente nota: “El señor Leeding era maestro en la escuela del señor Henry Lewis de Colchester en 1845 y yo era uno de sus estudiantes. Él era un maestro que realmente enseñaba a los alumnos. Luego se fue de Colchester para abrir una escuela en Cambridge, y yo, primero me fui a Maidstone, y luego a Newmarket por algunos años. Entonces volvimos a reunirnos de nuevo, pues yo me uní a él en Cambridge para ayudar en su escuela, y en pago, él continuaba ayudándome en mis estudios. El señor Leeding expresó que yo no tenía necesidad de asistir a ninguna de las universidades disponibles para los disidentes, pues ya tenía un dominio de la mayoría de los temas que se enseñaban allí. También expresó su impresión de que, en la época en que yo le ayudaba en la escuela, hubiera pasado con facilidad los exámenes de ingreso a la universidad, si el púlpito no hubiera intervenido.”

Cuando cumplió los catorce años, Charles y su hermano menor fueron enviados al Colegio de Agricultura de San Agustín, en Maidstone, ciudad ubicada al sureste de Londres. La iglesia de Inglaterra patrocinaba la institución de Maidstone, y el tío de Charles, de nombre David Walker, era maestro y director de la escuela. Para ir a Maidstone, Charles tuvo que pasar por Londres, la ciudad que habría de ser el asiento de su grandioso ministerio.

En Maidstone, Charles avanzó rápidamente en sus estudios. En esta escuela, tuvo lugar un interesante encuentro entre Charles y un clérigo de la Iglesia de Inglaterra, concerniente al tema del bautismo. El vicario visitaba regularmente esa escuela anglicana para dar lecciones de

religión cristiana. En una de las sesiones, el clérigo condujo a la clase a una discusión sobre el bautismo. Charles no sabía prácticamente nada acerca de la teología de la Iglesia de Inglaterra en esa época. Sin embargo, el intercambio de ideas que tuvo lugar ese día, resultó ser un punto decisivo en su vida. Este incidente necesita ser relatado en las propias palabras de Spurgeon:

“Uno de los clérigos era, pienso yo, un buen hombre; y es a él a quien debo ese rayo de luz que fue suficiente para mostrarme el bautismo de los creyentes. Yo estaba al frente de la clase y en una ocasión, cuando debíamos repetir el Catecismo de la Iglesia de Inglaterra, tuvo lugar una conversación más o menos en estos términos:

Clérigo: ¿cuál es tu nombre?

Spurgeon: Spurgeon, señor.

C.- No, no; ¿cuál es tu nombre?

S.- Charles Spurgeon, señor.

C.- No, no debes responderme así, pues sabes que únicamente necesito saber tu nombre de pila.

S.- Por favor, señor, me temo que no tengo uno.

C.- ¿Por qué no? ¿Cómo está eso?

S.- Porque no creo que soy cristiano.

C.- Entonces ¿qué eres? ¿Un pagano?

S.- No, señor; pero puede ser que no seamos paganos, y, sin embargo, estar sin la gracia de Dios, y, por tanto, no ser verdaderamente cristianos.

C.- Bien, bien, olvídale; ¿cuál es tu primer nombre?

S.- Charles.

C.- ¿Quién te dio ese nombre?

S.- No lo sé, señor; sé que ningún padrino hizo nada por mí, pues nunca tuve ningún padrino. Muy probablemente fueron mi padre y mi madre.

C.- Ahora, no hagas reír a tus compañeros. Por supuesto que no espero que digas la respuesta usual.

Luego, volviéndose repentinamente hacia mí, dijo:

C.- Spurgeon, tú fuiste bautizado debidamente.

S.- ¡Oh, sí, señor, lo fui; mi abuelo me bautizó en su casa, y él es un ministro, y por eso sé que lo hizo correctamente!

C.- ¡Ah, pero tú no tenías ni fe ni arrepentimiento, y, por tanto, no debiste de haber recibido el bautismo!

S.- Sí, señor, pero eso no tiene nada que ver. Todos los bebés deben ser bautizados.

C.- ¿Cómo sabes eso? ¿Acaso no dice el Libro de Oración que la fe y el arrepentimiento son necesarios antes del bautismo? Y esta es una doctrina tan propia de las Escrituras, que nadie debe negarla. (En este punto el clérigo procedió a mostrar que todas las personas que la Biblia menciona que fueron bautizadas, eran creyentes; lo que, por supuesto, era una tarea muy fácil, y luego me dijo): ahora, Charles, te doy una semana para que me demuestres que la Biblia no declara que la fe y el arrepentimiento son requisitos indispensables antes del bautismo.

Yo me sentí seguro de la victoria; pues pensé que una ceremonia que mi abuelo y mi padre, ambos, practicaban en sus ministerios, debía ser correcta; pero no pude encontrar esa declaración. Estaba derrotado. Y en mi mente decidí el camino que debía seguir. Al cabo de la semana, el clérigo le preguntó:

C.- Y bien, Charles, ¿qué piensas ahora?

S.- Señor, pues que usted está en lo correcto; ¡pero además, eso se aplica a usted tanto como a mí!

C.- Quería mostrarte esto; pues esta es la razón por la que nombramos padrinos. Es que, de otra forma, yo no tendría más derecho que tú al santo bautismo; pero la promesa que hicieron mis padrinos fue aceptada por la Iglesia como algo equivalente. Sin duda has visto que tu padre, cuando no tiene dinero, firma un pagaré. Y esto es considerado como un pago, pues, como hombre honesto, tenemos fundamento para esperar que pague ese documento. Ahora, los padrinos son gente buena, y en caridad aceptamos su promesa a nombre del bebé. Debido a que un bebé no puede tener fe en ese momento, aceptamos el compromiso de que la tendrá; y esa promesa la cumple en la confirmación, cuando asume el compromiso en sus propias manos.

S.- Señor, yo pienso que ese es un pagaré muy malo.

C.- No tengo tiempo de discutir eso, pero yo creo que es bueno. Sólo quiero hacerte esta pregunta: ¿Quién parece tener mayor consideración por las Escrituras: yo, como miembro de la Iglesia de Inglaterra, o tú abuelo, como un disidente? Él bautiza en contra de la Escritura; yo no lo hago así, en mi opinión, pues yo requiero una promesa, que considero un equivalente al arrepentimiento y la fe, que se producirán en años futuros.

S.- Realmente, señor, yo pienso que usted está más cerca de la verdad; pero puesto que parece que la verdad es que sólo los creyentes deben ser bautizados, pienso que ambos están equivocados (el abuelo y el clérigo), aunque parece que ustedes tratan la Biblia con mayor cortesía.

C.- Bien, entonces, tú confiesas que no has sido bautizado adecuadamente; por tanto, ¿considerarías que es tu deber, si estuviera en tus manos, unirme a nuestra iglesia, y tener padrinos que hagan la promesa a nombre tuyo?

S.- ¡Oh, no! Ya fui bautizado una vez, antes de lo que debiera. Voy a esperar a estar preparado antes de volver a hacerlo.

C.- (Sonriendo.) ¡Ah, estás equivocado; pero me agrada ver que guardas la palabra de Dios! Busca en Él un corazón nuevo y dirección divina, y verás una verdad tras otra, y muy probablemente habrá un gran cambio en esas opiniones que ahora parecen tan arraigadas en ti.

Yo resolví, a partir de aquel momento, que si la gracia divina obraba un cambio en mí, sería bautizado, puesto que, como se lo dije después a mi amigo el clérigo: “nunca deberé ser criticado por un bautismo indebido, pues yo no tuve nada que ver con el primero; el error, si lo hubo, estuvo en mis padres y abuelos.”

Charles llegó a la conclusión de que el Catecismo anglicano decía lo correcto en lo relativo a los conceptos bíblicos del arrepentimiento y la fe. Entonces le quedó muy claro que *después* de que una persona se hubiera arrepentido y creído, y sólo entonces, debía ser bautizada. Esto infundió en Charles una convicción temprana de que el bautismo está reservado únicamente para creyentes conocedores. Esto obviamente excluye a los bebés, y, por tanto, excluye el bautismo infantil. Dicha convicción llevó a Spurgeon, eventualmente, a ser un miembro de la iglesia bautista. Pero hasta ese momento no había oído hablar de los bautistas. Desconocía su existencia.

En ese mismo año de 1848, a los catorce años de edad, conforme progresaba en sus estudios en Maidstone, recibió una copia empastada en piel del *Año Cristiano*. Recibió el libro como premio por “aprovechamiento en conocimiento religioso, matemáticas, idiomas, y ciencias aplicadas.”

En una ocasión corrigió a su maestro de matemáticas, ya que había cometido un error. El maestro lo disciplinó, haciendo que saliera del salón con sus libros y pidiéndole que se pusiera a estudiar bajo un roble, junto al río Medway. Sin embargo, el maestro, que también era su tío, David Walker, ciertamente reconocía la habilidad matemática inusual de Spurgeon, por lo que le permitió calcular las tablas de mortalidad de una Compañía de Seguros en Londres, que fueron utilizadas por más de medio siglo. Es decir, hizo las funciones de un actuario.

Spurgeon tuvo experiencias muy interesantes en Maidstone. Le encantaba relatar una travesura que solía practicar allí. Había en un laboratorio una gran jarra que contenía amoníaco. Spurgeon llevaba a los nuevos estudiantes allí, y les pedía que lo respiraran profundamente. Ingenuamente, ellos le obedecían, y, por supuesto, se escapaban de morir. Un día, repitiendo la travesura, un nuevo

estudiante respiró de la jarra y cayó al suelo en un estertor como de muerte. Charles confesó que eso lo aterró verdaderamente y ya no volvió a repetir esa travesura nunca más. Pero se le perdonaba todo porque tenía una sonrisa muy agradable, atractiva, que hacía juego con su brillante personalidad que le ganaba el afecto de muchos.

A Newmarket

Después del año de estudios en Maidstone, Charles y su hermano viajaron en Agosto de 1849, rumbo al norte, a Newmarket, para asistir a una escuela ubicada allí, en el Distrito de Cambridge. El Director de esa escuela era John Swindell. Spurgeon pasó dos años en esa institución, donde, además de estudiar, era un ayudante del maestro.

Durante sus días escolares en Newmarket, Spurgeon comenzó a adquirir un nuevo entendimiento teológico, y extraño es decirlo, de una vieja cocinera de la escuela. Mary King, o “la cocinera,” como la llamaban todos los estudiantes, era un alma buena y entrada en años, que poseía una buena percepción de la fe cristiana. Era una mujer grande y robusta, amada por todos los estudiantes; tenía impresionados a todos los estudiantes, especialmente a Charles. Era un miembro de la Iglesia Bautista Estricta de Betesda, y eso la convirtió en una calvinista de profunda convicción. Los bautistas estrictos eran firmes creyentes de los “cinco puntos del Calvinismo.”

Mary no tenía un entrenamiento teológico formal, pero tenía un enfoque muy claro y lógico de la teología, y poseía un entendimiento muy profundo de las Escrituras. Ella se consideraba un “ama de llaves” en la escuela, y no simplemente una cocinera. Leía *El Estándar del Evangelio* regularmente, y aprendía mucha teología de esas páginas.

Mary King sentía un especial afecto por Charles y pasaba horas junto a él, instruyéndole en la sana doctrina calvinista. Más tarde en la vida, cuando se encontraba en una situación económica muy estrecha, Spurgeon la sostuvo durante años, hasta la muerte de Mary.

Charles escribió acerca del impacto que ella tuvo en su vida, lo siguiente:

“Las primeras lecciones de teología que recibí jamás, provinieron de una vieja cocinera en la escuela de Newmarket, donde yo fungía como ayudante de maestro. Era una buena alma, que leía con frecuencia *El Estándar del Evangelio*. Ciertamente le gustaba algo muy dulce: la sólida y buena doctrina calvinista; vivía intensamente, y también se alimentaba intensamente. Muchas veces comentamos juntos el pacto de la gracia, y hablamos sobre la elección personal de los santos, su unión con Cristo, la perseverancia final, y el significado de la piedad vital; y yo, verdaderamente, creo que aprendí más de ella de lo pude haber aprendido de seis doctores de teología del tipo que se da ahora. Hay algunos cristianos que gustan, y ven, y se gozan de la religión en sus propias almas, y que llegan a un mayor conocimiento de ella de lo que los libros pudieran darles, aunque investigaran en ellos toda su vida. La cocinera de Newmarket era una piadosa mujer experimentada, de quien aprendí más que del ministro de la capilla a la que asistíamos.”

En una ocasión le pregunté: ‘¿por qué asistes a ese lugar?’ Ella respondió: ‘pues, no hay ningún otro lugar de adoración al que pueda asistir.’ Yo le dije: ‘pero debe de ser mejor permanecer en casa que oír esa palabrería.’ ‘Tal vez así es,’ replicó; ‘pero me gusta salir para adorar al Señor aun si no obtengo nada cuando voy. Algunas veces voy a una gallina rascando sobre un montón de basura, tratando de encontrar algún alimento. No obtiene nada, pero nos indica que está buscando, y que está usando los medios para obtenerlo, y luego, además, el ejercicio la hace entrar en calor.’ Así que la anciana dijo que escarbar en los pobres sermones que escuchaba, era bendición para ella, porque eso ejercitaba sus facultades espirituales y calentaba su espíritu. En otra ocasión le dije que no había encontrado ni una migaja de pan en todo el sermón, y le pregunté cómo le había ido a ella. ‘¡Oh!, respondió, ‘a mí no me fue mal hoy, pues a todo lo que dijo el predicador, le puse un no, y eso convirtió su plática en un verdadero Evangelio.’

En casa de vacaciones

Un evento muy significativo y trascendente tuvo lugar cuando Spurgeon fue de vacaciones a casa de sus padres en Colchester, desde su escuela en Newmarket. Las vacaciones fueron un poco forzadas, ya que se desató una epidemia de fiebres en la escuela de Newmarket, alrededor de las vacaciones de Navidad, que obligaron a cerrar la

institución temporalmente. Así que Charles y su hermano James se fueron a casa, a Colchester, durante los meses de Noviembre y Diciembre de 1849, y Enero de 1850.

Durante esas semanas participó en un concurso de ensayo, patrocinado por el señor Arthur Morley de Nottingham. Este señor ofrecía un buen premio al ganador del concurso. Spurgeon no ganó el deseado premio, pero por sus esfuerzos recibió una carta de felicitación y una pequeña suma de dinero. El ensayo se titulaba: *El Anticristo y su Prole; O, el Papado Desenmascarado*. Consta de 290 páginas, y es una producción respetable para un jovencito de 15 años. El significado de este episodio particular, que parece inconsecuente el día de hoy, puede entenderse en que demuestra la actitud de los inconformes victorianos, en general, hacia Roma.

Pero este ensayo estaba lejos de ser el evento de mayor importancia que ocurrió en la vida de Charles en ese período de vacaciones forzadas. Esa estadía en casa se convirtió en la escena de su dramática conversión a Jesucristo. Vamos a relatar esa fascinante historia, típica de una conversión puritana calvinista clásica. Sin embargo, la experiencia de la conversión real, fue precedida por un período muy largo de agonía por la convicción de pecado. Pero Charles tuvo una visión de “aquella puerta estrecha” y comenzó a caminar hacia el “sepulcro abierto” donde caería el pesado fardo que llevaba a su espalda y sería, al fin, libre de la pesada carga y del remordimiento del pecado. Y nada lo detendría.

La Peregrinación a la Cruz

Spurgeon se alistó en su peregrinaje a la cruz a una edad muy temprana. Él entendió muy pronto cuánto necesitaba a Cristo. Sus padres cristianos vigilaban con ojos espiritualmente celosos a su hijo. Spurgeon declaró que si no hubiera sido por la gracia de Dios y sus padres piadosos, él podría haber muerto o haber sido “un celoso cabecilla de un grupo de impíos.” Muchos habían compartido con él el mensaje de Cristo y el gozo de los pecados perdonados: recuerden el incidente de Richard Knill cuando Spurgeon contaba con diez años de edad. Sus abuelos, su tía Ann, los muchos predicadores que había oído, pero especialmente su madre, mantuvieron el mensaje de Jesucristo ante el precoz jovencito. Spurgeon dijo acerca de su madre:

“No puedo decir cuánto me aferro a las solemnes palabras de mi buena madre. Era costumbre los domingos por la noche, cuando éramos todavía niños muy pequeños, que ella se quedara en casa con nosotros, y luego nos sentábamos alrededor de la mesa, y leíamos versículo por versículo la Biblia y ella nos explicaba las Escrituras.”

El padre de Charles, John, influyó también en su vida. Pero la influencia de su madre no puede ser enfatizada lo suficiente.

Después de su conversión, Spurgeon escribió:

“Tú, madre mía, has sido el gran instrumento en la mano de Dios para hacer de mí lo que soy. Tus amables mensajes de advertencia, los domingos por la noche, se asentaron muy profundamente en mi corazón para ser olvidados. Tú, con la bendición de Dios, preparaste el camino para la Palabra predicada, y para las santas lecturas. Si poseo alguna valentía, si me siento preparado para seguir a mi Salvador, no sólo metiéndome al agua, sino que, si me llamara, metiéndome inclusive en el fuego, te amo como la predicadora a mi corazón de esa valentía, como mi madre vigilante y llena de oración.”

La lectura de los viejos puritanos también ayudó a poner a Charles bajo la convicción de su pecado. Como se señaló anteriormente, dos libros en particular, *Una Alarma para los Pecadores Inconvertidos* de Joseph Alleine y *Llamado a los Inconvertidos* de Richard Baxter, sin dejar de mencionar *El Progreso del Peregrino* de Bunyan, fueron instrumentos en las manos del Espíritu de Dios para crear en Charles un sentido de la necesidad de la salvación. Su conciencia golpeaba continuamente su tierno corazón. Lloraba hasta quedarse dormido por la noche siempre que hacía algo malo. Decía que sentía profunda gratitud, -después de haber venido a Cristo- porque el Señor le había dado una conciencia sensible. Aun así, durante años, rechazó los requiebros del Espíritu Santo. En esos tempranos días de constante exposición al Evangelio, tal como Spurgeon lo expresó: “dejé que los años corrieran, no sin remordimientos de conciencia, no sin reproches, sabiendo cuánto necesitaba un Salvador; no sin las advertencias que procedían de otras personas a quienes yo veía felices y regocijándose en Cristo, mientras que yo no tenía participación en Su salvación.” Lamentaba los días que escondió su rostro del de Cristo “en un voluntario olvido de mi amado

Señor cuyo corazón había sangrado por mí.” Las oraciones de su madre, sin embargo, estaban comenzando a alcanzarlo.

Elogiando a su madre nuevamente, dijo, “Nunca sería posible que un hombre pueda estimar lo que le debe a su madre piadosa.” Declaró que no podría olvidar cómo caía de rodillas, y con sus brazos alrededor de su cuello oraba: “¡Oh, que mi hijo pueda vivir delante de Ti!”

Spurgeon acompañaba a menudo a su padre, quien era pastor de una iglesia en Tolesbury, un pueblo cercano, y lo escuchaba predicar los domingos. Esto también tocó tremendamente su vida. Su tributo a su padre como instrumento de su conversión, fueron estas palabras:

“Recuerdo muy bien a mi padre hablar de un incidente que lo impresionó grandemente. Solía estar frecuentemente lejos de casa, predicando, y una vez, yendo de camino a un servicio, temió que estaba descuidando a su propia familia mientras cuidaba las almas de otros. Por tanto, se regresó, y se fue a casa. Al llegar allí, se sorprendió de no encontrar a nadie en la planta baja de la casa; pero, al subir las escaleras, escuchó un sonido como de alguien orando. Al escuchar a la puerta de la habitación, descubrió que era mi madre, suplicando denodadamente por la salvación de todos sus hijos, y especialmente oraba por Charles, su hijo primogénito voluntarioso. Mi padre sintió que podría regresar sin problemas a asumir la obra del Señor, mientras su esposa cuidaba tan bien por los intereses espirituales de los niños en casa, así que no la distrajo, y procedió de inmediato a cumplir con sus compromisos de predicación.”

El despertar espiritual de Charles no provenía solamente del ambiente religioso en que se desenvolvía. Dios estaba tratando verdaderamente con el muchacho. Por esto él estaba convencido de que tan pronto un niño es capaz de perderse, es capaz de ser salvado. Creía que tan pronto un niño puede pecar, ese niño puede, por la gracia de Dios, recibir la Palabra de Dios y venir a la fe en Jesucristo, cuando ese niño es movido por el Espíritu. Spurgeon declaraba que los niños pueden entender genuinamente las Escrituras. Él testificó acerca de sí mismo diciendo, “estoy seguro de que, siendo simplemente un niño, podría haber discutido muchos puntos críticos de teología controversial... de hecho, los niños son capaces de entender algunas cosas muy pronto en su vida, que nosotros con dificultad entendemos más tarde. Los niños tienen

esa simplicidad de fe que les permite creer a Dios y oír Su palabra”, Spurgeon argüía. Nos relata que escuchó un sermón que, una vez, le habló poderosamente a su corazón:

“Una vez, bajo la influencia de un poderoso sermón, mi corazón se sacudió dentro de mí, y fue disuelto en mis entrañas; decidí que buscaría al Señor, e hincé mi rodilla, y luché, y derramé mi corazón delante de Él. De nuevo me aventuré en Su santuario para oír Su palabra, esperando que, en alguna hora, Él me enviaría una preciosa promesa para mi consuelo; pero, ¡ah!, esa infortunada tarde, escuché un sermón en el que no estaba Cristo; ya no me quedaba más esperanza. Habría bebido de esa fuente, pero fui conducido lejos; sentía que podría haber creído en Cristo, y sentía anhelos y suspiraba por Él. Pero, ¡ah!, de ese terrible sermón, y de esas terribles cosas que fueron expresadas, mi pobre alma no sabía qué era verdad y qué era error; pero yo pensé que ciertamente el hombre estaba predicando la verdad, y fui alejado. No me atrevía a ir, no podía creer, no podía asirme a Cristo; no podía entrar.”

Pero no toda la predicación tocaba necesariamente el corazón de Charles, o satisfacía su necesidad. Él nos relata:

“Yo solía oír a un ministro cuya predicación era, hasta donde la podía apreciar, ‘hagan esto y hagan lo otro, y serán salvos.’ De acuerdo a su teoría, orar era una cosa muy fácil; hacerse ustedes mismos de un corazón nuevo, era una cosa de pocos instantes, y podía realizarse casi en cualquier momento; y yo, realmente, llegué a pensar que podría volverme a Cristo cuando yo quisiera, y que, por lo tanto, podía posponerlo hasta la última etapa de mi vida, cuando pudiera hacerlo convenientemente en el lecho de muerte. Pero cuando el Señor le dio a mi alma el primer sacudimiento por medio de la convicción, pronto me di cuenta y me puse a orar. En verdad oré, Dios lo sabe, pero me pareció que no lo había hecho. Cómo, ¿acercarme al trono? ¿Que un infeliz como yo se aferrara a la promesa? Me aventuré a esperar que Dios me mirara. Parecía imposible. Una lágrima, un gemido, y algunas veces no llegaba ni a eso, un “¡ah!”, un “¡quisiera que!”, un “pero,” pero el labio no podía murmurar más. Eran oraciones, pero no lo parecían. ¡Oh, cuán dura es la oración que prevalece para un pobre pecador que provoca a Dios! ¿Dónde estaba el poder para aferrarse a la fuerza de Dios, o para luchar con el ángel? Ciertamente no estaba en mí, pues yo

era débil como el agua, y algunas veces duro como la más pesada piedra de molino.”

La larga peregrinación era obviamente una agonía. En su *Autobiografía*, él tituló así esta jornada: “A través de mucha tribulación.” Comenta que su corazón estaba desatendido y cubierto de malezas, pero, luego, en un cierto día:

“El Grandioso Labrador vino, y comenzó a arar mi alma. Diez caballos negros eran Su tiro y usaba una dura reja de arado, y los surcadores hacían profundos surcos. Los diez mandamientos eran esos diez caballos negros, y la justicia de Dios, como una reja de arado, rompió mi espíritu. Yo estaba condenado, arruinado, destruido, perdido, desvalido, desesperado. Yo pensaba que el infierno estaba ante mí.”

En este marco, Spurgeon comenzó a abrirse al Evangelio. Pero todavía no encontraba la paz. Declaró que las promesas de Dios le fruncían el entrecejo. Más tarde pudo decir: “el abundante beneficio que ahora cosechamos de la profunda labranza de nuestro corazón, es suficiente en sí mismo para reconciliarnos con la severidad del proceso”. Pero en aquel momento se arrastraba bajo el terrible peso del pecado que cargaba sobre sus hombros. Se describió a sí mismo como: “muerto, enfermo, adolorido, encadenado, azotado, atado con grilletes de hierro, en tinieblas y en sombra de muerte. Igual que el peregrino, había dejado la Ciudad de la Destrucción y la jornada demostró ser agonizantemente terrible.

Spurgeon comenzó a orar con denuedo. Podía recordar la primera vez que oró sinceramente habiendo abandonado sus oraciones superficiales. Pero aun entonces, al verse delante de Dios Todopoderoso, Santo y Soberano, dijo que se había sentido como Ester se sintió cuando estuvo frente al rey, sobrecogida de terror.

“Yo estaba lleno de penitencia en mi corazón, debido a Su majestad y a mi pecaminosidad. Creo que las únicas palabras que podía decir eran expresiones como éstas: ‘¡Ay!, ¡ah!’, y la única frase completa era: ‘Dios, sé propicio a mí, pecador.’”

Pero aun en medio de todas sus oraciones, Spurgeon no encontraba la paz. Charles relata que: “un profundo horror permanecía en mí, al

recuerdo de mis repetidos clamores sin respuesta.” Sin embargo, estaba consciente de que:

“Ni en la iglesia militante, ni en las huestes triunfantes, no hay nadie que haya recibido un nuevo corazón, y no haya sido rescatado del pecado, sin una herida de Jesús.”

Él se sentía un hombre profundamente herido bajo una profunda convicción. Podía resonar al unísono con el gran puritano John Owen que decía: “mi alma estaba oprimida con horror y tinieblas.” La Ley de Dios se había apoderado de él y sus pecados se destacaban en alto relieve para su atormentada alma. El tiempo vendría cuando pudo decir: “no encontramos unas hojas metálicas de espada tan verdaderas, como esas que han sido forjadas en el horno de la aflicción del alma.” Mientras tanto, se retorció en el fuego. Los libros que devoraba en aquel momento, al igual que los sermones, le causaban una mayor convicción. Charles clamaba:

“¡Oh, esos libros, esos libros! Los leía y los devoraba bajo un sentido de culpa, pero era como sentarse a los pies del Sinaí. Durante cinco años, como niño, no había nada ante mis ojos, sino mi culpa, y aunque no dudo en decir que quienes observaban mi vida no habrían podido ver ningún pecado extraordinario, sin embargo, cuando me analizaba, no había un solo día en que no hubiera cometido pecados tan bajos, tan atroces contra Dios, que, muy a menudo he llegado a desear no haber nacido nunca.”

Paradójicamente, algunos puntos brillantes penetraban a través de la negra nube de tribulación de Charles. Comentó: “sin embargo, yo recuerdo, siendo todavía un niño, que Dios escuchaba mi oración.” Pero, la desesperación pronto regresaría. Finalmente llegó al punto en el que pudo decir: “si Dios no me envía al infierno, debería hacerlo.” Se lamentaba: “fue mi triste porción sentir la grandeza de mi pecado, sin un descubrimiento de la grandeza de la misericordia de Dios.” Durante todo ese tiempo, daba la impresión que el simple mensaje del Evangelio no podía abrirse camino hacia el joven convicto. Él confesó: “yo había oído del plan de salvación por el sacrificio de Jesús desde muy temprano en mi vida; pero no conocía nada más acerca de ese plan en lo más íntimo de mi alma que si hubiera nacido y hubiese sido criado como un hotentote (un salvaje cruel).” Charles argumentaba consigo

mismo, “ciertamente no puede ser que si creo en Jesús, tal como soy, pueda yo ser salvo. Debo sentir algo; debo hacer algo.” Deseaba ávidamente que algún predicador le dijera qué podía hacer para ser salvo.

Sin embargo, en toda su ferviente búsqueda de Dios, todavía persistía una rebelión interna. Abriendo su corazón a sus lectores en la *Autobiografía*, hizo este comentario:

“Yo debo confesar que nunca habría sido salvo si hubiera podido evitarlo. En tanto que pude, me rebelé, y me sublevé y luché contra Dios. Cuando quería que orara, yo no oraba; cuando quería que escuchara el sonido del ministerio, yo no quería hacerlo. Y cuando escuchaba y las lágrimas rodaban por mis mejillas, yo las enjugaba, y Le desafiaba a que derritiera mi corazón. Luego me tocó un sermón sobre la elección que no me agradó. Vino luego un sermón acerca de la Ley, mostrándome mi impotencia; pero no le creí, y pensé que era el capricho de un viejo cristiano impráctico, que era algún dogma de tiempos antiguos, no apto para los hombres de mi tiempo. Luego vino otro sermón relativo a la muerte y al pecado; pero yo no quise creer que estaba muerto, pues estaba convencido de que estaba lo suficientemente vivo, y que podía arrepentirme y enderezarme andando el tiempo. Luego vino un fuerte sermón de exhortación; pero yo pensé que podía poner mi casa en orden cuando quisiera, y que lo podía hacer de inmediato. Así confiaba continuamente en mi propia suficiencia. Cuando mi corazón era tocado un poco, intentaba distraerlo con placeres pecaminosos; y no habría sido salvado si Dios no me hubiese dado el golpe eficaz, y no me hubiese obligado a someterme a ese esfuerzo irresistible de Su gracia. Conquistó mi depravada voluntad, y me hizo encorvarme ante Su cetro lleno de gracia. Cuando el Señor hizo que entrara en razón, me envió un gran golpe que hizo que me hizo pedazos; y, he aquí, me encontré totalmente indefenso. Pensé que era más poderoso que los ángeles, y que podría lograr todas las cosas, pero descubrí que era menos que nada.”

Spurgeon se dio cuenta, al igual que el gran místico y científico Blas Pascal, que “la gracia es absolutamente necesaria para hacer que un hombre sea santo, y quienquiera que lo dude, no sabe lo que es un santo o lo que es un hombre.” Pero, ¿cómo se puede obtener esa gracia?

La combativa peregrinación de Spurgeon a la cruz, en realidad se movía a lo largo del típico sendero puritano del siglo diecinueve. Pero el camino de Spurgeon, en un sentido, se desdobló de una manera extraña. Él sentía una profunda convicción de pecado, que era típica del puritanismo, pero no temía el juicio. Confesó que temía, no tanto al infierno, sino simplemente al pecado. Todo el tiempo tenía en su mente esa profunda preocupación puritana por la honra del nombre de Dios y la integridad de Su gobierno moral. Esto precipitó en Charles la pregunta fundamental relativa a cómo Dios podía ser justo, y, sin embargo, justificar al pecador culpable. Confesaba que se preocupaba al punto de agotarse en el tema. Uno habría pensado que su educación calvinista le habría enseñado el principio de la *gracia*. Pero estaba perdido bajo el poder eneguedor del pecado y de Satán. Se vio orillado a llegar al borde de la desesperación. Sin embargo, las cosas se estaban aproximando decididamente a un clímax en la vida del joven Spurgeon.

Un Giro Extraño

Un aspecto irónico de la caminata espiritual de Spurgeon emergió por este tiempo. No se sentía en libertad de hablar con sus padres acerca de este profundo trauma y de esta lucha que estaba enfrentando, aunque tales luchas eran muy comunes en los círculos evangélicos del día. Esta pudiera ser muy bien la razón del por qué ni su padre ni su madre se convirtieron en instrumentos *directos* en su conversión. Charles ni siquiera compartió con ellos uno de sus más serios traumas: una escaramuza con el ateísmo. Durante ese período, la rebelión de Spurgeon llegó a ser tan profunda, que estaba considerando convertirse en un ateo. Hizo su mejor esfuerzo para convencerse de que Dios no existía. Relató la siguiente historia de una manera fascinante:

“Nunca fui enteramente un incrédulo, excepto una vez, y eso no fue antes de que conociera la necesidad de un Salvador, sino después. Fue precisamente cuando necesitaba a Cristo, y suspiraba por Él, que, súbitamente, el pensamiento cruzó en mi mente (pensamiento que aborrecía pero que no podía vencer), que no había Dios, que no existía Cristo, que no había cielo, que no había un infierno; que todas mis oraciones no eran sino una farsa, y que podía igualmente silbar a los vientos o hablar a las aullantes olas. ¡Ah!, recuerdo cómo mi barca iba a la deriva a través de ese mar de fuego, separado del ancla de mi fe que

había recibido de mis padres. Ya no estaba amarrado con firmeza a las costas de la Revelación; yo le dije a la razón: “sé tú mi capitán;” le dije a mi propio cerebro, “sé tú mi timón;” y comencé mi viaje de locura. Gracias a Dios, todo eso terminó; fue una breve historia. Fue un veloz viaje de vela sobre el tempestuoso océano del libre pensamiento. Proseguí, y conforme avanzaba, los cielos comenzaron a oscurecerse; pero para compensar esa deficiencia, las aguas destellaban con fulgores de mucha brillantez. Veía chispas que saltaban alto, que me agradaban, y sentí, ‘si este es el libre pensamiento, es una cosa feliz.’ Mis pensamientos parecían gemas, y yo desparramaba estrellas con mis dos manos; pero en seguida, en vez de estos fulgores de gloria, comenzaron a brotar de las aguas, yo diría que demonios torvos, fieros y horribles; y conforme proseguía, ellos crujían sus dientes, y me hacían muecas; se apoderaron de la proa de mi barca, y me arrastraron, mientras que yo, en parte, me gloriaba de la rapidez de mi movimiento, pero a la vez temblaba ante la terrífica velocidad con la que pasaba las viejas señales de mi fe. Llegué hasta el propio borde de los terribles dominios de la incredulidad. Llegué hasta el propio fondo del mar de la infidelidad. Conforme avanzaba a una espantosa velocidad, comencé a dudar que el mundo existiera. Dudaba de todo, hasta que al fin el diablo se derrotó a sí mismo, haciéndome dudar de mi propia existencia. Yo pensé que era una idea que flotaba en la nada del vacío, y, entonces, sobresaltado por ese pensamiento y sintiendo que, después de todo, yo era carne y sangre sustanciales, vi que Dios existía, y Cristo existía, y que el cielo existía, y que el infierno existía, y que todas estas cosas eran verdades absolutas. La pura extravagancia de la duda demostró su absurdidad, y vino una voz que dijo: ‘y esta duda ¿puede ser verdad?’ Entonces yo me desperté de ese sueño de muerte, que, sabe Dios, podría haber condenado mi alma, y arruinado mi cuerpo, si no me hubiese despertado. Cuando me levanté, la fe tomó el timón; a partir de ese momento, no dudé. La fe me condujo de regreso; la fe clamó, ‘¡aléjate, aléjate!’ Eché mi ancla en el Calvario; levanté mis ojos a Dios; y heme aquí, vivo, y fuera del infierno. Por tanto, hablo de lo que sé. He navegado en ese peligroso viaje y he llegado a tierra a salvo. ¡Pídanme otra vez que sea un infiel! No; ya lo probé; fue dulce al principio, pero amargo al final.”

Pero ahora estaba muy cerca el momento de la conversión de Spurgeon, la hora en la que su agonía llegaría a un fin. Había sido una lucha larga y difícil. No podemos poner demasiado énfasis en la

importancia de la dramática conversión de Spurgeon. Como lo comentó correctamente Carlile, “esa temprana experiencia en la pequeña capilla de Colchester decidió casi todo para Spurgeon.” Sin duda, comprobó ser el más significativo evento de toda su vida, espiritual, teológica y prácticamente. Se volvió un hombre transformado. Por lo menos un relato de la conversión de Spurgeon apareció en cada uno de los 57 volúmenes del *Púlpito del Tabernáculo Metropolitano*. Aparentemente nunca se cansó de compartir su testimonio. En esto, se parecía mucho al apóstol Pablo. Cuán grande día fue aquél cuando atravesó “aquella puerta estrecha,” y la pesada carga le fue quitada por medio de Jesucristo.

Autor: Allan Román.